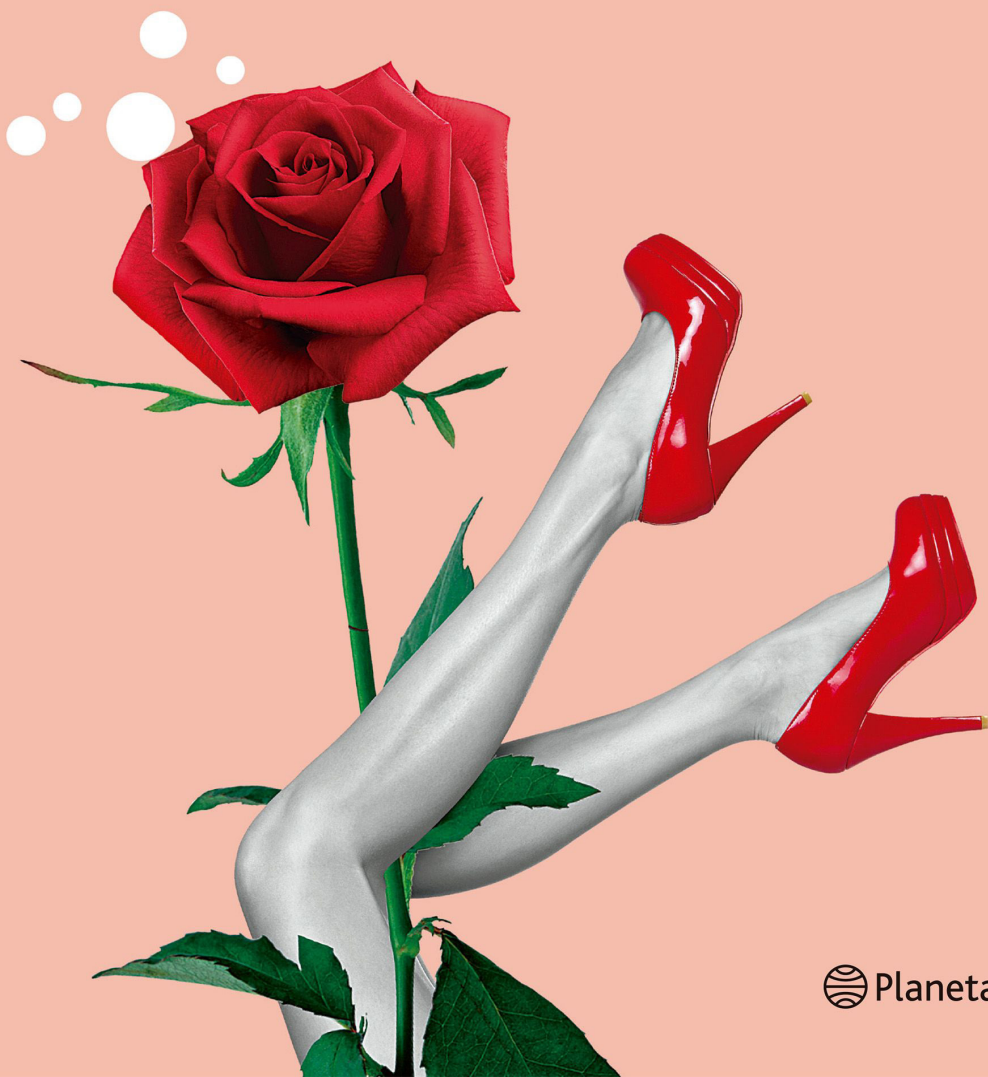


ANA MARÍA BOVO

ROSAS COLOMBIANAS



ANA MARÍA BOVO

Rosas colombianas

Rosas colombianas. Las conocí viendo la telenovela *Café con aroma de mujer*.

En el último bloque del último capítulo, mi heroína entró en la iglesia con una corona de pimpollos que, apretaditos y en fila, le ceñían la cabeza. Cuando el sacerdote dijo, por fin, «Puede besar a la novia», ella giró la cabeza buscando los labios del novio. En esa oscilación del beso, la cámara se acercó desde atrás, muy despacio, y dejó ver que la corona se abría sobre la nuca en dos rosas maduras, muy abiertas. Durante el beso, se desprendieron unos pétalos. Pocos. Cayeron rodando sobre el ripio del tul de ilusión, hasta detenerse en el ruedo del vestido. Pero uno —un pétalo solo—, por efecto de la brisa que soplaba en la iglesia de puertas abiertas, rodó sobre sus bordes hasta posarse en el hueco de una loseta de arcilla. Esas losetas que en el horno de ladrillo se cuecen desaparejas: una parte se inflama y la otra se hunde. En ese cuenco rojizo se alojó con gracia el pétalo blanco de la rosa colombiana.

Y yo no pude verlo.

Me lo contó en detalle Betty, una chica jovencita oriunda de Catamarca, muy suave, muy silenciosa, que trabajaba en casa. A las catorce y cincuenta y nueve nos cruzábamos en el comedor diario para ir cada una a su lugar.

Ella la veía en el televisor de su dormitorio y yo, en el living comedor.

De un viaje que había hecho a Paraguay para el bautismo de un sobrino, nos había traído de regalo un reloj de pared. Era redondo, de un tamaño considerable, con borde azul y el fondo blanco. En lugar de números tenía pintados doce pajaritos de diferentes lugares del mundo. Cada uno se ponía a cantar cuando le llegaba su hora. Habíamos tenido una tremenda discusión con Fernando, mi marido, acerca de si lo colgábamos o no lo colgábamos, pero a mi nena le fascinó y eso resultó determinante. El pajarito de las tres de la tarde era de América Central y cantaba con más brío que los otros, con un trino prolongado. Anunciaba el comienzo de *Café con aroma de mujer*.

Nunca me había entusiasmado tanto con una telenovela. Durante ocho meses tuve una certeza al despertarme: entre las tres y las cuatro de la tarde iba a sentirme bien. Y justo vine a perderme el último capítulo.

Dos semanas antes, se había descompuesto la tele de Betty y el técnico no venía y no venía. La invité entonces a que la viera conmigo. Resultó grato y a la vez incómodo. No teníamos tanta confianza entre nosotras, así que nos sentábamos una de cada lado de la mesa mirando hacia la pantalla. Con las escenas cómicas era más fácil: nos reíamos juntas sin sacar los ojos del televisor, y yo solía agregar algún chiste para distendernos más, para preparar el momento en que nos íbamos a emocionar. Llorábamos en silencio y de reojo. Ella volcaba sus lágrimas hacia la pared de la derecha y yo, hacia la de la izquierda. Tanto pudor nos daba.

El día del último capítulo empezamos a ver juntas el primer bloque. Gaviota, la protagonista, lleva tres años separada de su gran amor, el patrón de la hacienda, Sebastián Vallejo. Pasó de

ser recolectora de café a ser —estudios mediante— una ejecutiva exitosa que la Cámara Colombiana del Café destina a la ciudad de Londres para que esté a cargo de las relaciones públicas entre Colombia y Europa. De pronto se entera de que Sebastián ha perdido sus cafetales por una estafa de sus primos y ya no tiene nada, y ha conseguido la anulación de su matrimonio, y el hijito que creía suyo era de otro, y la está buscando. Lloramos en silencio cuando ella se va de Londres, cuando lo deja al doctor Salinas, que era un caballero tan sensible, tan encantador, la contrafigura que, a mí personalmente, me gustaba un poco más que el galán.

Betty daba opiniones interesantes. Ya me había dicho que el doctor Salinas era un hombre firme que sabía lo que quería. En cambio, Sebastián se comportaba a veces como un niño rico, todavía era «fruta verde». Pero claro, era rubio y de ojos celestes, más lindo que Salinas, y además brasileño. Y eso convenía porque la telenovela —había leído ella en una revista— era una coproducción entre Colombia y Brasil.

Empieza el segundo bloque cuando Gaviota regresa al pueblito colombiano para encontrarse con su amor. Hay una feria, mucha gente y los dos se están buscando. Mi último recuerdo es que, en esa búsqueda desenfrenada, él atraviesa la plaza de toros en mitad de la faena y un novillo lo levanta por el aire.

Ahí sonó el portero eléctrico. La emoción compartida por la misma telenovela había democratizado el vínculo de tal manera que Betty dio por sentado que debía contestar yo.

—Mejor no atienda, señora —dijo Betty.

Toda la gente en la plaza se puso de pie y nosotras, sobre el borde de la silla. Sonó el portero otra vez.

—Mejor atienda. Mire si es el encargado que está avisando que hay un incendio en el piso de abajo.

Atendí. Era Nino, el plomero, un hombre italiano de setenta y pico, que en ese horario insólito para venir de visita me decía desde abajo:

—Inés, abríme. Soy rico.

—¿Cómo dice, Nino?

—Abríme, que me llegó el *retroativo*.

«No puede ser», pensé. No puede ser. Tan buena noticia en tan mal momento. Me asomé al living y la vi a Gaviota subir al jeep que conducía Sebastián. Ileso y radiante. De lejos los vi.

—¿Qué hubo? —preguntó Betty, como preguntaban en la telenovela. Y yo la quería matar.

—Es Nino.

—¿Cómo así a esta hora?

Timbre.

—Están yendo a la iglesia para arreglar lo del casamiento —me explicó.

Timbre largo. Abrí la puerta.

Nunca lo había abrazado. Tan menudito Nino. Pesaba cuarenta y seis kilos y llevaba treinta años de estar solo en la Argentina. Se secaba las lágrimas con un pañuelo blanco de bordecito marrón.

—*Tante grazie*, me llegó el *retroativo*, *tante grazie*. Servime un *chiquete*.

Eso, en piamontés, es un trago de grapa o de anís en un vaso chiquito y grueso. Yo le decía: «Qué alegría, qué alegría, después de tanto tiempo esperándolo». Y era cierto. Pero también podría haber llegado al día siguiente.

En la tanda, Betty vino a felicitarlo. Se hacía la distendida pero estaba pendiente del final de los comerciales. Sonó el tema

musical y se metió en el living. Yo sabía que era una chica responsable y que después iba a contarme todo con lujo de detalles. Trataba de concentrarme en celebrar con Nino, pero el alma se me patinaba en dirección al televisor. Cuando nos quedamos solos otra vez, festejando en la mesita del comedor diario, le dije:

—Disculpe la pregunta, Nino...

—Ochenta mil dólares. Quince mil son para el gestor. Pero imaginate que a veces no tengo ni para jugar a la quiniela ni para tomar el tren...

Y ahora estaba ahí con el sobre abultado del Consulado Italiano, que le otorgaba el carnet y la habilitación para el cobro.

—Después arreglo con vos y tu marido lo que les debo.

—Nada —me apuré a decirle—, a nosotros nada.

—Entonces, le voy a dejar herencia a tu *farinella*.

Hablaba de mi hija de tres años. Me emocioné. No por la herencia para mi nena, sino porque nunca había visto a un piemontés así de contento. Le brillaban los ojos chiquitos y sonreía con cierta suficiencia. Me encantó verle ese gesto a un hombre tan desvalido.

Lo había visitado una vez que estaba enfermo en esa quinta que él cuidaba. Me había recibido en el patio. Su pieza daba al jardín y por la puerta entreabierta yo había visto su colchón sobre el piso y la ropa colgando de unos clavos. El pago que recibía, por el cuidado del jardín y la casa, consistía en darle la vivienda. Después, para mantenerse, tomaba el tren para venir a Capital desde Lomas de Zamora y hacía arreglos de plomería en distintos consorcios.

Así lo conocí.

Estaba instalando un bidet en el baño de la oficina de mi marido y él me avisó: «Tenemos plomero del Piemonte, te va a gustar el acento».

Tenía razón. Cuando nos dimos la mano en la puerta del baño, él dijo:

—Mayor gusto en conocerla.

Separó la palabra «mayor» de la palabra «gusto» porque la «r» le llevaba su tiempo.

—¿Sabe una cosa? —le dije—. Casi toda mi familia es piamontesa. Por las dos partes: la de mi mamá y la de mi papá —no le mencioné a mi abuelo andaluz porque no me parecía de buen gusto. Los piamonteses solo gustan, con suerte, de los piamonteses.

—¿La familia paterna de dónde? —me preguntó.

—De Cúneo.

—Eso es cerca de mi pueblo —dijo él.

—¿Qué pueblo?

—Murello.

—¡No me diga! Un vecino de mi abuelo era de Murello.

—¿Qué apellido?

—Se lo averiguo, le pregunto a mi papá.

—¿Qué clase es su papá?

—Clase 23.

—Yo soy clase 21. A mí me tocó la guerra allá en Italia.

Seguimos hablando de las clases y Fernando nos miraba. Le explicamos, Nino y yo, que además de nombrar el año de nacimiento, la clase era el clan, la hermandad entre los muchachos nacidos en el mismo año, y que existía la costumbre en la colonia piamontesa de hacer grandes comilonas para reunir a los hombres que habían compartido la época de la milicia. Ahí Nino me miró con picardía y me dijo:

—Cuentelé a su marido de qué comilona estamos hablando.

—*Bagna cauda*.

Fernando se rió, porque siempre contaba que en mi casa

natal lo habían recibido como a un rey y que el banquete había consistido en eso: crema de leche, ajos y anchoas para sumergir y comer los tallos amargos de los cardos. Dije «*bagna cauda*» y fue una contraseña chispeante.

Me reconfortó ver a Fernando entusiasmado con la conversación. Los restos arqueológicos del dialecto piamontés que reaparecían en mi manera de hablar volvían a interesarle. Venía sufriendo el desencanto de sus correcciones por mis modismos provincianos. En una reunión social yo decía, por ejemplo: «Entré al probador y me medí un vestido». Y él se abalanzaba para aclarar: «Se probó un vestido, quiso decir *se probó*». O yo decía «malla» y él me dirigía una mirada furibunda, y luego miraba a los otros y apagaba el incendio diciendo: «Traje de baño, quiso decir *traje de baño*». La Santa Inquisición persiguiendo mi lenguaje de origen había provocado en mí la Santa Inhibición. Pero Fernando, aquel día, a Nino y a mí nos festejaba todo. Conversábamos y conversábamos los tres dentro del baño, en medio del desparramo de herramientas tiradas por el piso.

El plomero piamontés iba reafirmando lo que yo decía con intervenciones del tipo: «*Ma*, claro. *Ma*, ya lo creo que sí. *Altro che...*», con el mismo acento que había escuchado durante toda mi infancia. Me dio tanta alegría sentirlo otra vez. Y digo *sentir*, y no *escuchar*, porque en el pueblo de mi abuela —y en mi propia casa— cuando se hablaba de un rumor o de una noticia, la pregunta era: «¿Sentiste algo sobre lo que le pasó a tu vecino?». Sentir de nuevo el acento piamontés en medio de la ciudad me trajo el eco de las voces que me rodearon en la infancia, cuando escuchar a los mayores me ponía a salvo de todo.

Me despedí diciéndole: «Venga por mi casa, tengo un arreglo por hacer y después le ofrezco un *chiquete*». Otra contraseña.

Así comenzó nuestro romance. Aquel mismo día salí de la

oficina de Fernando y compré en el bazar de la esquina dos vasitos chicos y, en una licorería, una grapa italiana.

Nino empezó a venir a casa día por medio con cualquier excusa. Llegaba sobre el mediodía y nunca aceptaba nada para comer. Solo el *chiquete*. Tenía un problema en la glándula de deglución y solo podía ingerir alimentos líquidos, procesados. Algún pudor le daría comer delante de otros porque no podía tentarlo con nada. Ni aceitunas, ni maníes, ni papas fritas; ningún bocado por pequeño que fuera. Su privación le otorgaba cierta elegancia. Del que no aprovecha los convites pero se queda de visita porque está a gusto, porque no necesita otra cosa que estar sentado en esa silla, en esa casa. A veces sin hablar, sonriendo solamente. Yo le inventaba tareas. Una mañana reparaba el cordel de la ropa, perforaba un azulejo para colgar un adorno, cambiaba las pilas de un juguete de mi nena. Casi todo lo hacía a medias, con mucha voluntad pero mal. Un día me desarmó la plancha, la estudió un buen rato y después diagnosticó: «Ya sé cuál es el problema. Conozco un señor que te la va a dejar fenómeno».

Así iba y venía con los artefactos que terminaba de descomponer y luego se ocupaba de que otros le garantizaran el funcionamiento. Yo pagaba dos *service* por cada cosa que se rompía. Pero, a cambio, me había conseguido en el centro de la ciudad un personaje del pueblo de mis abuelos y casi un abuelo para mi *farinella*.

Me traía flores. Las juntaba el día anterior, cuando a la tardecita caía el rocío sobre el jardín de la quinta. Las envolvía en hojas húmedas de papel de diario —como si fuesen huevos o frutas— y, por encima, dos hojas más de papel seco. Todo atado con un piolín muy grueso. Dejaba el paquete en la heladera hasta el día siguiente, cuando salía para la estación. Ese envoltorio tan

rústico guardaba dentro, según la época, margaritas dobles o esas rosas que se llaman siete hermanas o jazmines. Pero recuerdo tanto las margaritas dobles con los pétalos encimados, tupidos y un borde de serruchitos... Nino tenía el hábito de cortarlas con el tallo corto, por eso me resultaba trabajoso acomodarlas en los floreros sin que se cayeran. Entonces las distribuía en platos soperos y en compoteras. Me tomaba mucho tiempo, durante tres mañanas, entre el lunes y el viernes. Me hace pensar que llevaba una vida bastante tranquila para permitirme esos lujos.

Por ese entonces yo coordinaba durante las tardes unos talleres de cine que duraban entre ocho y doce encuentros. Proponía la filmografía de un director determinado y en general la gente se quedaba con ganas de más. Dentro de la carrera de Ciencias de la Comunicación, me había especializado en crítica de espec-táculos. Cuando Fernando me ayudó a armar los talleres, me recomendó desacartonarme de la solemnidad que suelen tener los críticos, que hablara claro y que usara mi sentido del humor.

A mi marido le iba muy bien con su empresa y le surgía con cierta frecuencia la oportunidad de viajar a Europa. Como su ingreso constituía, económicamente hablando, la cultura dominante de la casa y yo perdía la cabeza por los viajes, respetaba el pacto de no comprometerme a largo plazo con ningún trabajo.

Una noche, hablando de los líos «electromecánicos» que hacía Nino, mi marido me confirmó que en el edificio de la agencia estaban dejando de llamarlo porque, aunque era de confianza, se mandaba muchas macanas. Me preguntó cuál había sido su trabajo en Italia y yo le conté lo que Nino me había dicho.

Después de trabajar en mantenimiento de aviones durante la guerra, lo tomaron en una empresa grande, Motores Marelli. Ahí estuvo muchos años, hasta que se divorció de su mujer. ¡Un divorcio en el corazón del Piamonte, en un pueblo de mil

habitantes, en el año cuarenta y pico! ¡*Madonna* santa! Entonces, a causa del disgusto que sufría, solicitó a los directivos de la fábrica un traslado a la filial de Argentina. Pero a poco de llegar la fábrica cerró, y ahí empezó con los arreglos a domicilio.

A esa altura de la conversación, a Fernando se le ocurrió decirme que podía tener aportes jubilatorios en Italia, que yo podría ocuparme de averiguarlo para gestionarle una pensión.

Al principio Nino se mostró muy escéptico. Pero no dijo que no. La primera traba que encontré fue que, para iniciar el trámite en Italia, él debía depositar primero la suma equivalente a tres años de aportes en la Argentina. Conseguimos el nombre de un gestor. Cuando fuimos a verlo, dijo que por sus contactos podía lograr que los tres años se redujeran a uno, con la condición de aportarlos en un solo pago. Se lo conté a Fernando, evaluamos la cantidad y decidimos pagarla. Así empezaron los trámites.

Durante la espera —dos años— seguimos con aquella amorosa rutina de las visitas, los artefactos rotos, los paquetes de flores, los juegos con mi nena, algunas confesiones acerca de su pasado en Italia. Un día me atreví a preguntarle por su matrimonio y recién ahí supe que tenía dos hijas. Me contó que le pasó lo que a todos los muchachos de su pueblo: no bien volvió de la guerra quiso una cama, una mujer, un plato de sopa. Llegaban tan desesperados que no se demoraban en elegir y él no tuvo suerte. Ella tenía mal carácter, era muy cabeza dura: todos los días le servía la sopa rebasando el plato y él insistía en que pusiera menos cantidad. Hasta que una noche, otra vez la sopa chorreando por los bordes, y entonces él le dijo: «Cada uno por su lado».

Le pregunté por las hijas. Me contó que las pusieron internas en un colegio de monjas porque él se la pasaba de lunes a viernes trabajando en Motores Marelli, en un pueblo vecino, y la mujer se la pasaba de lunes a viernes de una casa a la otra llevando chismes. Hasta que un sábado a la mañana, cuando él fue a buscarlas al colegio, las monjas le dijeron que la madre había ido con dos valijas para llevárselas de viaje. Nunca más supo de ellas. Ahí le dieron el traslado desde Italia para acá.

A mí me chocaba —viéndolo tan cariñoso con mi nena— que se hubiese resignado tan rápido a perderlas, a no buscar contacto con ellas. Pero después conocí la otra versión.

Un año antes de recibir el retroactivo, surgió la oportunidad de viajar a Italia con Fernando y mi hija Lucía. Como íbamos a estar cerca del Piamonte, me comprometí con Nino a pasar por su pueblo. Me dijo que quería saber de la salud de su madre y de su hermana Ema. Me ofrecí a llevarles una carta pero, por esos viejos rencores italianos, no quiso: no le había contestado a su mamá una última carta que ella le había enviado a la Argentina veinte años atrás. Parece que él se había enamorado aquí de una mujer soltera y le mandó a decir a sus padres que tenía intención de armar una nueva vida, y ahí la mamá le recordó por carta que él seguía casado. Casado hasta que la muerte lo separara de su legítima esposa. Si ella moría primero, tendría el permiso de Dios para contraer matrimonio otra vez, porque el permiso de Dios era más sagrado que el de los padres. Se ofendió tanto que no les escribió más. Pero con la inminencia de nuestro viaje, tuvo la tentación de recibir noticias.

No resultó excitante llegar a su pueblo. Bajamos del auto en una esquina de la calle principal porque encontramos un grupo de hombres sobre sus bicicletas, conversando. Se sorprendieron mucho al escuchar el nombre de Nino en boca de unos extranje-

ros. Nos contaron que la casa paterna ya no estaba, que después de la muerte del padre, la madre y la hermana de Nino habían vendido el campo, las maquinarias, la casa, y con esa herencia se habían mudado a la ciudad de Turín. Después nos preguntaron acerca de la vida de Nino en América. Me pareció advertir que había mucha sorna en el tono y vi de reojo que dos de ellos levantaron la mano del manubrio de la bici e hicieron la seña del cornudo. Me apresuré a decir que le estaba yendo muy bien.

Preguntando por familiares de Nino, encontramos a una prima hermana que lo quería, que lo respetaba de verdad y se alegró de saber que también nosotros lo queríamos. Tenía el teléfono de la madre de Nino en Turín pero no la dirección. Estaban muy bien de salud y con una situación muy holgada: habían comprado un departamento precioso y tenían dinero guardado en el banco.

Al despedirnos, la mujer me hizo saber en dos palabras que la esposa de Nino lo había engañado con la mitad del pueblo, que después de dejarlo se dedicó del todo a la mala vida, y que había iniciado también a sus dos hijas en la prostitución. Me pidió que no le dijera nada a Nino. Ella creía que no se habían escrito más pero que, a pesar de eso, él algo debía saber.

Cuando volví de ese viaje lo mimé el doble. Le sacaba muchas fotos con mi *farinella*, lo filmaba arreglando el calefón, cambiando las bombitas, guardando las margaritas en la heladera. Tengo una escena donde están de rodillas mi nena y él con la cabeza adentro del horno, en medio del desparramo de herramientas.

Le compré el audífono. Discutimos bastante porque se resistía a usarlo. El primer fin de semana que se lo puso, allá en la

quinta, me dijo que se volvió loco porque yo no le había avisado que el aparatito llevaba «una radio a transistores metida ahí adentro». Le grité —él tenía el audífono en la mano— que eso era imposible. Me porfiaba que sí, que el domingo a la tarde, cada vez que salió al patio, el audífono se puso a transmitirle el partido. Le dije que no era así, que por llevar el aparato en la oreja por primera vez había escuchado la radio del vecino.

Me aliviaba ocuparme de su vida para desentenderme de la mía, de otras cosas que en mi casa no estaban funcionando bien. Por eso fue tan oportuno que apareciera en la tele *Café con aroma de mujer*. Con toda la tristeza que se me estaba viniendo encima, tenía cada mañana aquella certeza: entre las tres y las cuatro iba a hundirme en el sopor de los cafetales, en un clima de pura ilusión.

Arranqué tarde con la historia. Me perdí los dos primeros meses. Desde el televisor encendido en el cuarto de servicio, por la puerta entreabierta, escuchaba la canción de la presentación y de las tandas. Una canción muy chévere, pegadiza, que empezaba con un chasquido de dedos y seguía con un coro de voces repitiendo «olé, olé». Y de nuevo chasquido, chasquido, «olé, olé».

A Betty, el entusiasmo por la telenovela le fue soltando la lengua con mucha gracia. Un día la escuché decirle a mi hija:

—Te advierto una vaina, Lucía. Si no comes todo el pollo, no hay helado...

Otra vez, mientras ordenábamos la heladera, me dijo:

—Si viera, señora, lo bonita que es Gaviota. Es recolectora de café como su mamá y ya pasó por ahí durante la cosecha el dueño del cafetal, que se llama Sebastián. La vio y se quedó prendado. Como él ya tiene prometida, imagínese la que se va a armar. Tendría que verla.